

Bienvenida a un hombre de paz

Príncipe Hassan bin Talal

Texto del mensaje del príncipe Hassan bin Talal de Jordania al papa, a su llegada a Tierra Santa:

Es un verdadero privilegio darle la bienvenida a Su Santidad en Jordania, treinta y seis años después de la visita de su predecesor a nuestro país, sus lugares bíblicos y santuarios. Su presencia aquí es una confirmación de que lleva la antorcha a la región que ha sido testigo del nacimiento de la cristiandad y cuyos ancestros tienen sus raíces en la Iglesia del Primer Pentecostés. Es en estas colinas, valles y aguas donde Jesús comenzó su ministerio, y es en esta tierra donde el mundo cristiano a menudo busca iluminación espiritual.

Su Santidad, el placer que tenemos de darle la bienvenida en el primer paso de su peregrinaje espiritual, que le llevará también a Palestina e Israel, está fundamentado en al menos cuatro de los mensajes centrados en Dios que su ministerio encarna. Para empezar, le damos la bienvenida como hombre de paz. Ciertamente, a lo largo de su pontificado ha promovido la paz en todo el mundo. Sea en el Oriente Medio o en cualquier otro lugar de nuestra aldea global, cada vez más pequeña, Su Santidad ha perseverado en su búsqueda visionaria de la paz con verdadera vocación e incesante determinación.

Con la paz, Su Santidad ha subrayado la necesidad de unidad dentro de la Iglesia de Cristo. En sus viajes al extranjero —a Europa, Estados Unidos, África, Sudamérica, el Oriente Medio o el Lejano Oriente— los mensajes ecumé-

Publicado el 22 de marzo de 2000 en el periódico *El País*.

nicos y de solidaridad han sido sus inamovibles guías. Su Santidad ha cambiado estos dos mensajes para traducir las palabras de la carta de San Pablo a los Efesios: “Haced lo mejor que podáis para mantener la unidad que el Espíritu os otorga, preservando la paz que os mantiene juntos” (Efesios, 4: 3).

Su Santidad, también aplaudimos hoy su solidaridad conmovedora, basada en la fe, con los pobres de nuestro mundo. Sea en su Polonia natal o en cualquier otro lugar, Su Santidad ha demostrado, con palabras y con hechos, que está con los marginados e indefensos, los refugiados y los pobres. Ellos también son hijos de Dios y, desde luego, siguen mereciendo el Reino de los cielos.

Pero a lo largo de los años, su ministerio ha insistido sin cansancio en que el diálogo entre las religiones debería coexistir con la unidad entre cristianos. En esta parte del mundo, donde el cristianismo, el islam y el judaísmo son partes integrales de la sociedad, esta necesidad no es un simple artículo, sino una realidad viviente y que da testimonio. En su peregrinación a Santiago de Compostela, Su Santidad ha expresado el espíritu de los años después del Concilio y pidió a los cristianos que reconstruyan su unidad espiritual en un ambiente de respeto total hacia otras religiones. Los que vivimos en Jordania —tanto los musulmanes como los cristianos— unimos nuestra mano con Su Santidad en esta ineludible tarea, al tiempo que somos conscientes de las fuerzas espirituales que ciñen el respeto mutuo, la paz y el entendimiento. Compartimos su creencia en que el futuro de la humanidad está vinculado tanto con los esfuerzos conciliadores del movimiento ecuménico como con los del diálogo entre las religiones. A este respecto, fue extremadamente considerada Su Santidad al pedir perdón en nombre de la Santa Sede por las Cruzadas y la Inquisición. Este significativo paso ciertamente ayuda a erradicar cicatrices de las heridas pasadas y, a la vez, contribuirá a la promoción de una cultura de paz basada, en parte, en el coraje para aprovechar las lecciones del pasado encaminados a construir un futuro más pacífico. Hoy, a comienzos de este nuevo milenio, los conceptos estrechos que implican el autoaislamiento de las religiones insulares o naciones-Estados sólo pueden conducir al chovinismo, al patriotismo desmesurado, y posiblemente, incluso a la guerra.

Su Santidad, el islam comparte con otras religiones la creencia de que la revelación final y verdadera llegará al final de los tiempos. Una expresión elo-

cuenta de esta creencia se encuentra en el tema que repite el Nuevo Testamento de que el conocimiento que tenemos de Dios es limitado. Como escribe San Pablo en su primera carta a los Corintios, lo que “vemos ahora es como un reflejo difuso en el espejo [...] Lo que sabemos es sólo una parte; después nuestro conocimiento será completo, tan completo como el conocimiento que tiene Dios de mí” (1 Corintios,13: 12). Su Santidad ha subrayado esta creencia en su encíclica *Fides et ratio*, donde apuntó que la plenitud de la fe aparecerá con la revelación final de Dios. Los musulmanes y cristianos, del mismo modo que caminamos juntos a través de una “nube de lo desconocido”, suscribimos la declaración del concilio Vaticano II que afirma que la Iglesia católica “no rechaza nada que sea verdadero y sagrado en las grandes religiones del mundo”.

Como musulmán jordano, y como alguien cuyo Santo Corán promueve la tolerancia y la convivencia, otra vez le doy la bienvenida a nuestro país. Para mí, su ministerio encuentra el estímulo y cumplimiento en el Sermón de la Montaña, en los evangelios de Mateo y Lucas (Mateo, 5: 1-12, y Lucas, 6: 20-23). Y es con esta expresión bíblica de la fe verdadera, con humildad, que Jordania estrecha a Su Santidad en sus brazos y le saluda a Al Salaamu Aleikum wa Rahmatou Allah wa Barakaro. ❁



NATIVIDAD, ESCUELA CRETENSE-VENECIANA 1480-1500 (DETALLE)

Carta de la Nueva Orleáns

Gustav Niebuhr

Hace veinticinco años, cuando Saigón caía en manos del ejército comunista, la extensión de tierra cercana a la carretera Dwyer era todavía sólo un tramo de tierras cenagosas que iba del borde oriental de Nueva Orleáns a las aguas del Golfo de México, a muchos kilómetros de distancia.

“Era un pantano”, dice monseñor Dominique Luong, sacerdote católico romano y graduado de la Universidad Fordham, que llegó aquí a finales del decenio de 1970; hoy en día, monseñor Luong puede ver desde su modesta oficina una espaciosa iglesia color beige bordeada por un cuidado césped, donde en la brisa primaveral ondean tres banderas: la de las barras y las estrellas, un estandarte que representa el Sagrado Corazón de Jesús y la bandera amarilla y roja del antiguo Vietnam del Sur.

La iglesia que se erigió sobre ese pantano drenado es la de la Reina María de Vietnam, hogar espiritual de cinco mil feligreses y punto de referencia de la creciente influencia de los católicos vietnamitas en Estados Unidos y de la Iglesia católica en general, cuyos contornos demográficos los redibuja la inmigración.

Las importantes modificaciones hechas a las leyes de inmigración, junto con el agitado panorama político y económico en el extranjero, han traído un flujo de latinoamericanos, asiáticos, europeos orientales y africanos, muchos de ellos católicos, cuyo efecto en la Iglesia puede resultar tan grande como la de los griegos, irlandeses e italianos que los precedieron hace un siglo.

Publicado en el *New York Times* el 21 de abril de 2000. Traducción del inglés: Mario Zamudio Vega.

Dentro de ese nuevo grupo, los vietnamitas son una pequeña minoría, pero su presencia es difícil de ignorar. Han formado parroquias y misiones en toda la muy católica ciudad de Nueva Orleans, así como en Texas y California; han además instituido una peregrinación anual de decenas de miles de personas al suroeste de Missouri y, lo que es más significativo, han generado un número desproporcionadamente alto de jóvenes que buscan ser sacerdotes y monjas, en una época en que esa vocación religiosa es rara entre los católicos locales.

Unos cuantos kilómetros al oeste, por ejemplo, en el señorial distrito residencial de Nueva Orleans, los seminaristas vietnamitas constituyen el veinte por ciento de la población del Seminario de Nuestra Señora (Notre Dame). En lo que respecta a las cuestiones sociales, tienden a ser conservadores, se oponen al aborto y a la idea de que las mujeres sean sacerdotisas.

Kyle Dave es un seminarista de 29 años originario de Nueva Orleans y creció en un barrio que absorbió a muchos inmigrantes vietnamitas. Él opina: “La religión es su centro, es una concepción que han traído consigo”.

Los funcionarios católicos estadounidenses dicen que la mayoría de los inmigrantes vietnamitas son budistas, pero que aproximadamente 300 mil —quizá la tercera parte de ellos— son católicos.

Esa cifra equivale a menos del uno por ciento de los 61 millones de católicos de Estados Unidos; pero los seminaristas vietnamitas constituyen casi el tres por ciento de los 3 500 hombres que estudian el sacerdocio, según el Centro de Investigación Aplicada al Apostolado, de la Universidad de Georgetown.

Michael W. Foley, profesor de ciencias políticas en la Universidad Católica de Washington, D. C., llevó a cabo un estudio entre varios grupos de inmigrantes recién llegados, que le fue encargado por los obispos y, según él, “la inscripción a los seminarios ha ido a la baja desde el decenio de 1960 y ahora vemos una recuperación modesta como resultado de esta inyección de sangre nueva”.

“Y lo mismo puede decirse de la Iglesia en su conjunto”, afirma el señor Foley; “la Iglesia católica es la única Iglesia importante que no ha perdido miembros durante los últimos veinte años, y creo que podría afirmarse que los inmigrantes son la razón principal”.

En mayo, la Arquidiócesis de Nueva Orleans ordenará a siete seminaristas como diáconos; entre ellos, Hoang M. Tuong, de 31 años de edad, feligrés de

Reina María de Vietnam, quien llegó a Estados Unidos en 1984, después de que él y su familia huyeron en bote de Vietnam, en uno de los éxodos por mar de los refugiados. No mucho después de que la familia llegó al país, Tuong ingresó a la secundaria del seminario, el primer paso en el largo camino que ahora sigue.

“Las familias vietnamitas son muy grandes”, dice Tuong, y agrega que a menudo los padres esperan tener “al menos un hijo” que llegue a ser cura o monja. “Yo sólo tengo tres hermanas”, dice, “mi familia es muy pequeña”.

Monseñor Luong afirma que él fue uno de once hijos, ocho varones y tres mujeres, y que uno de sus hermanos también estudió para cura y ejerce su sacerdocio entre los montañeses de Vietnam central. Monseñor Luong se ordenó en Nueva York en 1965 y durante los últimos veinte años se ha dado a conocer en los círculos católicos por su labor entre los inmigrantes vietnamitas. Recuerda que sus primeros años en el este de Nueva Orleans fueron difíciles para los católicos vietnamitas: “No teníamos nada; oramos al aire libre durante dos años”. En ocasiones llovía los domingos, pero, según recuerda, el tiempo solía mejorar antes de la misa. La parroquia donde ejerce su sacerdocio fue fundada en 1983, al inicio de un decenio de florecimiento de la población vietnamita del área, pues los inmigrantes que se habían establecido en otros lugares del país comenzaron a mudarse a esa zona de Nueva Orleans. Un vocero de la Arquidiócesis de Nueva Orleans dice que aproximadamente veinte mil católicos son de origen asiático, sobre todo vietnamitas, esto es, alrededor del cuatro por ciento del medio millón de feligreses de la parroquia.

Otros grandes centros de católicos vietnamitas son Houston, en Texas, y San José y el condado de Orange, en California; también hay otras comunidades más pequeñas. Monseñor Luong afirma que recientemente viajó a Sioux City, en Iowa, para el ordenamiento de un cura nacido en Vietnam. Detrás de su oficina se levanta un edificio de dos pisos que alberga un jardín de niños atendido por monjas nacidas en Vietnam. Esta semana han estado muy atareadas cuidando a decenas de niños que buscan huevos de Pascua.

La hermana Mary Faustina Nguyen Bach Yen, de 28 años de edad, dice que tenía ocho años cuando su familia huyó de Vietnam, en 1979. Después de pasar más de un año en un campo de refugiados, la familia se mudó a Nueva

Orléans. Al principio, la hermana Mary Faustina, la tercera de ocho hijos, ayudaba a sus padres en un negocio pequeño, pero, según dice, “buscaba mi paz interior”. Cuando era adolescente sintió el llamado para convertirse en monja y, finalmente, se unió a las Hijas de Nuestra Señora del Santo Rosario, la orden encargada del jardín de niños. La orden tiene cuarenta monjas y cuatro novicias que se preparan para hacer los votos, pero, dice, “es sólo una pequeña rama en Estados Unidos; la orden tiene cientos de monjas en Vietnam”.

Otra orden vietnamita muy visible en Estados Unidos es la Congregación de la Madre Corredentora, que tiene un monasterio en Carthage, Missouri. Cada verano, el lugar es el punto de destino de una peregrinación de familias vietnamitas. “Atrae entre 30 mil y 40 mil”, dice monseñor Luong. A medida que los inmigrantes vietnamitas se arraigan en Estados Unidos surge una interrogante: ¿cuánto tiempo perdurará esa devoción en una cultura que tiene en gran estima la riqueza material y la capacidad de decisión individual?

Algunas de las monjas del jardín de niños dicen que ya es más difícil, que hace diez años, hablar de vocación religiosa a una generación más joven que sus hermanos y hermanas de entonces. La directora del jardín de niños, la hermana Rose Tin Vu, dice que los intereses de muchos adolescentes se inclinan por la cultura estadounidense, y agrega: “el dinero y la moda” se encuentran entre sus principales preocupaciones. La hermana Mary Faustina imparte clases de educación religiosa a adolescentes y se muestra de acuerdo: “La mayoría de los adolescentes siente la presión de los jóvenes de su edad; es muy difícil que escuchen su voz interior, la voz del corazón”. ❦